

EDITORIAL

LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN EN TIEMPOS DE INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Más de 145 mil millones de correos electrónicos se envían a diario en el mundo, y cerca del 70% corresponde a spam. A ello se suman miles de millones de usuarios de Internet y una red que no deja de expandirse en ???, velocidad y alcance. Sin embargo, estas cifras —ya habituales— dicen cada vez menos por sí solas. El verdadero cambio no está solo en la cantidad de información disponible, sino en la forma en que hoy se produce, se distribuye y, cada vez más, se automatiza. Vivimos en la llamada "Sociedad de la Información", un concepto que surgió para explicar el impacto de las tecnologías digitales en la economía y la vida cotidiana. Tal como en su momento ocurrió con la electricidad o la industrialización, el conocimiento pasó a ser el eje estructurante del desarrollo. La generación, almacenamiento y procesamiento de datos desplazaron progresivamente a la producción material como centro de la actividad económica. Pero ese diagnóstico, que hasta hace algunos años parecía suficiente, hoy resulta incompleto. La irrupción de la inteligencia artificial ha modificado de manera sustantiva esta ecuación. Ya no se trata solo de acceder a grandes volúmenes de información, sino de sistemas capaces de producir contenidos, procesarlos en tiempo real y replicarlos a una escala antes impensada.

En este nuevo escenario, la promesa de acceso ilimitado al conocimiento convive con un fenómeno más complejo: la sobreabundancia de información ya no solo desborda, sino que también puede distorsionar. A la saturación descrita por diversos autores se suma ahora un ecosistema donde textos, imágenes y discursos pueden ser generados artificialmente, muchas veces sin mediación humana evidente.

La pregunta, entonces, deja de ser únicamente cuánto sabemos, para transformarse en cómo sabemos lo que sabemos. La capacidad de discernir entre información verificada, interpretación legítima o contenido automatizado se vuelve una habilidad central. No basta con tener acceso: se requiere criterio.

En este contexto, la fragmentación informativa se intensifica. Las redes sociales, los portales digitales y ahora los sistemas de generación automática multiplican voces, versiones y relatos. Sin embargo, esa diversidad no siempre se traduce en mayor comprensión. Por el contrario, con frecuencia produce una visión parcial, inmediata y descontextualizada de los hechos.

Frente a este panorama, los medios de comunicación —y en particular el periodismo profesional— enfrentan un doble desafío. Por un lado, deben competir en un entorno donde la velocidad y el volumen parecen imponerse. Por otro, están llamados a reafirmar su función esencial: verificar, jerarquizar, explicar y contextualizar la información.

Lejos de perder vigencia, el rol del periodista adquiere mayor relevancia. En una época donde cualquiera puede generar contenido y donde incluso las máquinas pueden hacerlo, el valor diferencial ya no radica en acceder a la información, sino en dotarla de sentido. Interpretar los hechos, conectar datos dispersos y ofrecer una mirada comprensible de la realidad se vuelve una tarea insustituible.

Asimismo, los medios siguen siendo espacios de construcción social. No solo informan, sino que también contribuyen a dar continuidad cultural, a visibilizar distintas expresiones y a generar puntos de encuentro en medio de la dispersión informativa.

La Sociedad de la Información no ha desaparecido, pero sí ha entrado en una nueva etapa. Una donde la abundancia de datos convive con la automatización de los contenidos y donde el riesgo ya no es solo la ignorancia, sino la confusión.

En ese escenario, el periodismo tiene una oportunidad clara, pero exigente: transformarse en un actor capaz de ordenar el caos informativo. Porque en tiempos de inteligencia artificial, informar ya no basta; comprender —y ayudar a comprender— es, más que nunca, la verdadera tarea.

